

Querido Albert Jovell,

Si por alguna suerte divina y del Misterio hay un puente entre tú y yo, entre tú y nosotros, yo quiero escribirte estas líneas en *cuarta persona del singular, desde donde habla el ser espiritual*, según tus palabras. Y tú me ayudas a construir ese puente de agradecimiento desde mi corazón hasta el de todos los presentes. Hazles tú sentir mi sincero reconocimiento por su generosidad para conmigo: al Foro, a las Cátedras, a Janssen.

Te conocí allá por el 2000 en nuestras Jornadas, en Sitges, organizadas por el Centro de Humanización de la Salud que soñé y dirijo desde hace 30 años, cuando tú y yo ha hablábamos de lo que hoy es usual, pro aún insuficiente: la humanización de la salud.

Albert, acceder a tu *escritoterapia*, me ayuda a conectar puentes con Hipócrates, que describía el objetivo de la medicina *como humilde arte*, que ha de llevar también a paliar y no solo intentar curar. Bien sabes que, a veces, “*la soberbia del sano*” de la que tú hablabas, no nos deja transitar siempre el puente que va de la biología a la biografía, de la patología a la patobiografía.

Déjame que te diga, Albert, que ahora que estás “entre los santos” – como diríamos en ciertos contextos, en el siglo XVII San Vicente de Paúl hablaba de tu clave preferida de humanización: “el amor afectivo y efectivo”. El primero, como “la ternura hacia las cosas que se ama”. El segundo, el amor eficaz, era para él, como el hijo mayor y más responsable.

Un amor afectivo y efectivo promoverá una *concepción terapéutica activa y paliativa*. Latirá con lo que llamaste “*el segundo latido del corazón: la compasión*”. Estará siempre atento, movido por el dinamismo de la esperanza sobre la que trabajó Laín Entralgo y sobre la que tú decías que hay que *focalizar*.

Ese corazón compasivo y empático será dinámico como esa obra de arte de la ingeniería divina, incansable fuente de calor –como dijera Galeno-, que nos mantiene vivos y cuyas razones a veces la razón no entiende –como afirmara Pascal-, llamada sede del pensamiento por Empédocles, potencial humanizador del mundo. Gracias, Albert, por decirnos que *tenemos que ser capaces de proporcionar la atención espiritual, emocional y social que necesitan los enfermos y sus familiares, con independencia de si están o no en la fase final de sus vidas*.

Querido Albert, ahora que “estás entre los santos” liberado del “*campo de concentración de la incertidumbre*” y *de todos sus miedos* –como tú decías- te habrás encontrado con San Camilo, fundador de la Orden a la que pertenezco. Sabrás que él hablaba de la motivación genuina para cuidar a los enfermos: “el tierno amor que suele sentir una tierna madre para con su único hijo enfermo”. Es ese *amor –de la primera conjugación del corazón*, con tus palabras- que tan intensamente has vivido con María y tus hijos, por los que vivías y a los que explicabas *el sentido de tus heridas: curarte para ellos*. Camilo invitaba a poner “más corazón en las manos”, construyendo un puente entre la sabiduría del corazón y la operatividad de las manos.

Ayúdanos, Albert, a recuperar esta dimensión en las facultades de enfermería, psicología, teología y medicina, para que hablemos de duelo, de final de vida, de la *pedagogía de la muerte*, -como tú decías- de escucha y

persuasión, de humanización, de vocación –como emoción primordial del deber, de decía Gregorio Marañón. Ayúdanos a construir puentes entre razón y corazón, entre inteligencia intelectual y sabiduría del corazón.

Albert, yo me empeño en enseñar en la formación en *counselling* en España, Portugal, Italia y casi todos los países de América Latina con la misma pasión que la primera vez lo que tú decías así: “*si no eres afectivo y empático con los pacientes, no puedes ejercer la profesión*”.

Querido Albert, ahora que disfrutas de escuchar *Cinema Paradiso* o *Lágrimas en el cielo*, te habrás encontrado con el médico, filósofo, teólogo y músico franco-alemán, Albert Schweitzer, quien afirmaba que “un buen médico debe escuchar como un sacerdote, razonar como un científico, actuar como un héroe y hablar... como una persona normal”. Así eras tú, que mirabas *la técnica como buena, pero su uso como artesanía*. Hay evidencia, Albert Jovell, de los resultados eficientes de lo que empezaste a llamar *medicina basada en la afectividad*.

Has trascendido, como querías. Tú celebrarás con *tu padre*-gran modelo para ti, tu cumpleaños el 22 de junio, aquí te recordaremos. Y, ahora que no tienes que rezar cada día, como hacías, *pidiendo normalidad y que María y tus hijos no sufrieran*, intercede por nosotros y nuestros afectos y proyectos, que algunos tenemos más ganas que recursos para llevarlos a cabo. Estarás disfrutando de la respuesta a la pregunta que te hacías: *¿Existe un lugar llamado cielo en el que si me muero joven podré reencontrar a mi padre?* Creo que existe, tú estás en él y aquí, esta mañana, hay un trozo de tu cielo.

Gracias, Albert por el *Carpe Diem*. A Dios.